

Leí hace tiempo que, mientras el odio necesita encontrar razones, el amor no las busca. Si ya es difícil hablar de alguien a quien admiras, esa dificultad aumenta cuando el entrevistado es, además, tu amigo.

Hoy me encuentro cara a cara con Basilio Sánchez, muy seguramente una de las voces poéticas de mayor fuerza y hondura en el actual idioma castellano

POETAS MUY VIVOS

Entrevistamos en esta sección a poetas actuales de nuestro interés, con el fin de conocer de primera mano el momento que vive la poesía y sus creadores. El primer elegido -a quién hay que agradecerle su participación generosa en nuestra revista- es el poeta cacereño **Basilio Sánchez**, alto ejemplo de la poesía extremeña actual y esencial maestro de Los Poetas Insólitos.

ENTREVISTA

(Realizada en el mes de Diciembre de 2005)

¿Cómo describirías tu relación con la poesía?

Yo creo que es una relación de reciprocidad. La poesía –escribe Wallace Stevens en uno de sus aforismos- es un esfuerzo de un hombre insatisfecho para encontrar satisfacción a través de las palabras; ocasionalmente, del pensador insatisfecho para encontrar satisfacción a través de las emociones. A lo largo de casi veinticinco años de escritura poética, la poesía, a cambio de mi fidelidad, no ha dudado en proporcionarme algunas de las grandes o pequeñas satisfacciones que puede llegar a dar a quienes se acercan a ella con la humildad suficiente, con esas condiciones de incertidumbre y oscuridad que hacen posible, precisamente, la aparición de las palabras.

Eres médico, ¿Encuentras alguna correspondencia directa entre tu labor como poeta y como médico?

No creo que haya una correspondencia directa. En mi casa hay un metro cuadrado para el hombre que escribe y para el que no escribe. Digamos que el médico y el escritor conviven, pero no se mezcla; intento que los médicos no me consideren un buen poeta y que los poetas no lleguen a tenerme como un buen médico. Otra cosa es que, al nutrirse la escritura de la propia experiencia como individuo, inconscientemente puedan incorporarse a mi poesía algunos aspectos de mi personalidad forjados en mi relación con el enfermo, en mi trato diario con la muerte. Una muerte que, por cierto, nada tiene que ver con la muerte literaria, con la muerte como símbolo de la que se ocupa la escritura. Aspiro a ser buen médico en mi servicio y un poeta respetable entre los que aman la literatura.

¿Qué autores crees que te han influido más a lo largo de tu vida?

Lo mío, como decía Lezama Lima, es el hormiguero: soy un lector voraz, pero desordenado; he procurado leer con disciplina la poesía que, por azar o por recomendaciones autorizadas, ha ido cayendo en mis manos y eso me ha acercado a poetas de muy diverso pelaje, de registros muy diferentes, cuando no antagónicos. Una relación limitada de mis autores singulares debería incluir nombres como Rilke, Hölderlin, Aleixandre, Claudio Rodríguez, Cernuda, Wallace Stevens, Colinas, Octavio Paz, Pessoa, Paul Eluard, Roberto Juarroz, John Berger, Celan, René Char, Valente, Eugenio de Andrade, Brines, Gamoneda, Holan, Czeslaw Milosz, Philippe Jaccottet...

¿Qué libro tuyo recomendarías a alguien que no te haya leído nunca? ¿Por qué?

Siempre, en cualquiera de mis etapas, he recomendado el último que había escrito. La razón no es otra que la de la claridad. Desde mis primeros libros he buscado, por encima de todo, hallar el sentido más profundo de las cosas con las palabras más sencillas; hacer que el poema de las ideas, que está dentro del poema de las palabras, pueda ser escuchado. El objetivo de mi interminable aprendizaje poético no sería otro que el de permitirme llegar a escribir un poema un poco más transparente que el anterior, y esta obsesión es la que me lleva a presumir que –si las cosas las estoy haciendo medianamente bien– el último libro debe ser un poco más claro que el que le precede.

He escrito siete libros de poemas y tengo que reconocer que no he cambiado mucho. Los poemas de *Al final de la tarde* quizás recojan los mismos temas que los poemas de *Entre una sombra y otra*, el último publicado. Y esos temas son los de siempre: las cosas de la vida que uno experimenta desde su intimidad y que con palabras más o menos gastadas pretende desvelar para sí y

para los demás; palabras que, al ir dirigidas a la sensibilidad y al conocimiento, nos pueden ayudar de alguna forma vivir. Pero si los temas son los de siempre, creo que las formas sí han variado, y lo han hecho en la dirección de esa claridad que me estimula y que se ha convertido, irremisiblemente, en mi lugar de peregrinaje.

Si tuvieras que salvar un libro de tu biblioteca, ¿Cuál salvarías? ¿Por qué?

Se recuerdan fácilmente los libros más recientes, los que están en la mesa, pero también los primeros, aquellos que fueron capaces de provocar en nosotros emociones profundas, entre otras razones porque no las esperábamos, porque procedían de lugares inexplorados, de países ni siquiera intuidos. Hace ya casi veinticinco años que la casualidad, como tantas otras veces en la vida, hizo llegar hasta mis manos un libro y un autor del que nunca había oído hablar. Se trataba de una antología de Austral de Poemas de Rainer María Rilke, un volumen de cubiertas rojizas bastante deteriorado por el uso. El amigo que me lo regaló, y que no sospechó apenas el efecto que en mí produciría, lo había leído, subrayado y anotado en los márgenes hasta la extenuación. No eran los primeros poemas que leía, pero sí los que, por primera vez, me conmovían y deslumbraban hasta el extremo de intentar emularlos con unos versos tan arrebatados como cándidos. Por no sé qué extraña razón, aquel libro se me hizo imprescindible, me acercaba a él, una y otra vez, como a un libro de culto, como al libro de salmos de una orden extraña a la que me sometía llevado por las afinidades, por el gozo del descubrimiento de experiencias idénticas. Ese libro, que aún conservo, llegaría a formar parte, junto a otras lecturas incipientes (*Sombra del paraíso*, de Aleixandre; *El don de la ebriedad*, de Claudio Rodríguez; *Hiperion*, de Hölderlin) del pequeño escenario en que más tarde, y con más voluntad que acierto, surgirían mis primeros poemas. Por nostalgia tal vez, ése sería el libro que intentaría salvar de una inundación, de un incendio o, simplemente, del olvido.

¿Cómo ves el panorama actual en la poesía extremeña? (Asociaciones, autores, premios...)

Lo veo con normalidad, como veo la actividad literaria de cualquier otra región. Hay poetas, narradores, ensayistas... Cada generación se sucede insensiblemente con la siguiente, sin carencias, sin desmoronamientos. Se publica mucho fuera y dentro; se lee, también mucho, dentro y fuera. Los escritores se reúnen en asociaciones, se organizan talleres literarios, se difunde la creación entre los jóvenes a través de las Aulas.... Todo muy normal. Y esta

normalidad, en una comunidad como la nuestra, secularmente acomplejada, es lo que nos hace grandes y, paradójicamente, también un poco diferentes.

Has participado en numerosos actos literarios, culturales, asociativos. ¿Qué destacarías de estos actos, de estos eventos en los que te encuentras cara a cara con tus lectores?

Me gusta leer mis poemas en un lugar reducido y con poco público. Eso que llamamos el tono del poema quizás no sea otra cosa que la traslación a la escritura del tono de nuestra voz, de nuestro timbre, de nuestra forma peculiar de decir, de respirar, de administrar los silencios. Mi escritura se ha construido siempre sobre la oralidad. Comparto con Auden que el estilo propio de la poesía de nuestro tiempo es un tono de voz íntimo, sin destemplanzas. Yo intento escribir como si le hablase a alguien al oído, con la mayor naturalidad posible. La prueba de fuego de un poema no puede ser otra que su lectura en voz alta, y además en un lugar recogido que permita diferenciar los matices, apreciar los cambios respiratorios, las escalas de su musicalidad.

En estas lecturas no suelo comentar mucho mis poemas ni teorizar: reconozco que confío más en los poemas que en las poéticas, y no porque entre estas últimas no las haya magníficas, honestas y esclarecedoras, sino porque siempre es más fácil confundirse en los planteamientos que en los resultados. Además, uno escribe poesía para intentar aprehender algo de lo que, de alguna manera, permanece oculto, es inexplicable o pertenece a la sustancia escurridiza de los sentimientos y de las sensaciones. En cierto modo me parecería un contrasentido intentar referirme a la poesía con un lenguaje que, por su propia naturaleza, es insuficiente.

¿Tienes alguna anécdota específica que quieras contar de estas lecturas?

En una ocasión, al acabar una lectura en un instituto con estudiantes de bachillerato, pregunté si había alguien entre ellos al que le gustara escribir poesía. Todos se volvieron de pronto, riéndose y gesticulando, hacia una compañera de clase sentada en la última fila. Presa de un rubor excesivo, bajaba los ojos e intentaba defenderse de las acusaciones con movimientos nerviosos de cabeza. Entonces me levanté y, atravesando la sala, me acerqué a ella, le pregunté su nombre y le regalé uno de los libros que había leído acompañándolo de una nota cariñosa. Tuve la sensación de acercarle un cántaro de agua a alguien segregado de la tribu, extraviado en un desierto implacable.

Tu libro *El cielo de las cosas* se basa geográficamente en el valle de Los Pedroches ¿Te has sentido alguna vez inspirado por la ciudad de Cáceres, por otras ciudades o por algún otro territorio concreto?

El cielo de la cosas surge de un compromiso con el poeta cordobés Alejandro López Andrada, a raíz de un encuentro de escritores en Pozoblanco. Allí se acordó confeccionar un libro con los textos –prosas, poemas- que recogieran nuestras impresiones sobre los lugares visitados en la comarca de Los Pedroches. Un tarde ascendimos al castillo de Madroñiz, en el Viso, desde el que se divisaba un espléndido paisaje, la encrucijada de tres provincias limítrofes. Fue la serenidad austera de sus murallas, la sensación de tiempo detenido, el rumor de otras voces apagadas hace ya muchos años, lo que, ya en Cáceres, me motivó a escribir un pequeño texto para la antología. Texto que después fue creciendo poco a poco hasta conformar ese libro de poemas en prosa que titulé *El cielo de las cosas*. Ninguno de mis otros libros ha surgido con una motivación tan explícita como ésta. En el resto de mis libros se recoge mi experiencia vital y literaria por ciclos de escritura de dos o tres años sin otros condicionamientos. No sé muy bien qué es eso de la inspiración, pero Cáceres, sus paisajes, sus edificios, sus calles, sus gentes..., no pueden dejar de estar en mis poemas como no puedo dejar de estarlo yo mismo en mayor o menor medida. Pero siempre con sutileza, intentando que el poema no sea el simple autorretrato del autor y el paisaje que a él sólo le concierne, sino la representación de un rostro que sea el de todos y un paisaje que sea, a la vez, el de todos.

Tu libro *Los bosques interiores* ha sido revisado y reeditado nueve años después de su primera edición. Poetas como Juan Ramón Jiménez o José Agustín Goytisolo eran muy dados a revisar continuamente sus poemarios y a reeditarlos en versiones ampliadas ¿Crees necesaria la continua revisión de una obra por parte de su autor?

La verdad es que no suelo revisar lo escrito, y más por pereza que porque no lo crea necesario, porque el poema, al tener que elegir en el proceso de escritura sólo una de las múltiples bifurcaciones posibles, queda necesariamente limitado y arrastrará para siempre una carencia, el estigma de una imperfección, la insuficiencia de no representar al mundo, sino a una parte. Deficiencia que, a lo mejor, ni siquiera revisiones posteriores puedan llegar a compensar. Sólo en el caso de *Los bosques interiores*, y con vistas a una nueva edición, decidí reelaborarlo por completo. Creo que es el libro que inaugura la que es mi voz poética actual y estaba necesitado de un minucioso trabajo de poda para limpiarlo de ciertos excesos juveniles, algunas floraciones

innecesarias, bastantes oscuridades gratuitas. Fue un trabajo concienzudo de forma –no de fondo- que no se me ha pasado por la cabeza realizar en libros posteriores.

Buscando datos acerca de ti en internet, nos encontramos con varias páginas en las que aparecen poemas tuyos. ¿Qué relación tienes con internet? ¿Ves en internet un medio positivo o negativo para la literatura?

Aunque mi mano derecha no sabe muchas veces lo que hace la izquierda, Google sí lo sabe. Nada se le escapa de nuestras miserias literarias: unas declaraciones a la prensa, un charla en un taller literario, algún poema enviado a alguna revista especializada, el comentario anónimo de un lector... Internet es un ojo, sí, pero también una gran ventana a través de la cual se puede ver no una simple parcela de la realidad, sino el mundo entero. La geografía ha desaparecido: ya no existen escritores periféricos, sólo escritores desconectados. Consulto con frecuencia revistas literarias, leo los “blogs” de los amigos, envío originales cuando amablemente me los piden, busco libros y los compro desde casa, utilizo asiduamente el correo electrónico por rapidez y comodidad, aun a expensas de renunciar a la pequeña esperanza cotidiana del cartero. Leer poesía ya no es un problema ni económico ni de latitudes, y esto es bueno; pero sigo prefiriendo –y quién no- el poema impreso al poema parpadeante de una pantalla, por muy plana que sea.

Has merecido recientemente un importante premio literario en Cádiz por el que saldrá a la luz un nuevo poemario tuyo a finales de año. Háblanos algo de ese premio y, si lo deseas, adelántanos algo de este nuevo poemario.

No nos engañemos: los premios sirven para abrirnos las puertas de las editoriales que sólo publican libros premiados. Superada la perplejidad de las primeras horas, apagado ya el eco de las felicitaciones de los amigos como se extingue la llama humilde de un fósforo, el poeta debe volver al interior en penumbra de los caparazones, -que es el lugar de la poesía-, para que el libro quede sobrenadando. Flotando para siempre sobre el agua del tiempo o hundiéndose sin remisión como una piedra arrojada desde lo alto. En cualquier caso, los premios nunca se merecen, sólo se agradecen; y eso nunca he dejado de hacerlo.

Con relación a este nuevo poemario, *Entre una sombra y otra*, creo que es un libro reflexivo que entronca, de alguna manera, con esa corriente de poesía

meditativa de honda raíz simbólica en la que vengo trabajando desde mis primeros poemas. Supone un intento de reflexión sobre la intimidad, sobre la posibilidad cierta que tiene la poesía, la meditación poética, de acercarnos al conocimiento de nosotros mismos y también de permitirnos la comunicación con los demás. Una comunicación que se establece, eso sí, dentro de ese territorio que llamamos intimidad, conciencia o individualidad, que, pese a las lógicas diferencias particulares, de alguna forma nos unifica, es un sustrato común. *Entre una sombra y otra* está planteado con una estructura diarística, el sujeto poético, al modo del paseante solitario de Robert Walser o de Rousseau, va desarrollando una especie de diálogo meditativo consigo mismo, o, si se prefiere con su otro yo, su complementario. Así, la esperanza y la desesperación, el amor y su ausencia, la felicidad y el dolor, las reflexiones sobre el propio hecho poético, se van alternando de forma paralela a los cambios de la luz para llegar a conformar esa realidad compleja que somos, esa materia contradictoria de la que yo creo que estamos hechos.

¿Tienes algún nuevo proyecto literario en mente?

Tengo escritos algunos poemas de lo que, en un futuro lejano, será un nuevo libro de poesía. Hay algunas ideas generales y en torno a ellas se van escribiendo los textos. No escribo poemas sueltos, sino poemas que, ya desde su origen, se van articulando en una idea más amplia de *libro*, en ese conjunto orgánico que para mí es la unidad universal de medida en poesía, la barra de platino e iridio.

Nuestra revista agradece tu acercamiento, Basilio. ¿Hay algo que le quieras decir a nuestros lectores?

Que yo también os agradezco la posibilidad que me habéis dado de colaborar en vuestra revista, a la que le deseo mucha suerte y una vida larga.

Nota bio-bibliográfica del autor

Basilio Sánchez nació en Cáceres, en 1958, ciudad donde reside. Se dio a conocer como poeta al obtener un accésit del prestigioso premio Adonáis, en 1983, con su libro *A este lado del alba*, editado en Rialp un año después.

Ha sido incluido en diversas antologías poéticas, como *Jóvenes poetas extremeños en el aula* o la compilación *Abierto al aire*, participando además en importantes revistas literarias, como *Gálibo*, *Retazos* o *Residencia*. Su poesía -que nos habla de los estados interiores del hombre, de la habitabilidad serena de la naturaleza y de los espacios domésticos, de la magia de los símbolos, de la íntima

experiencia del amor- está recogida, hasta el momento, en seis poemarios, aparte del ya citado: *Los bosques interiores* (1993 y 2002), *La mirada apacible* (1996), *Al final de la tarde* (1998), *El cielo de las cosas* (2000), *Para guardar el sueño* (2003) y *Entre una sombra y otra* (2006). Es uno de los poetas extremeños más reconocido y galardonado fuera de nuestra región.